

VINICIUS DE MORAES

Orfeo de la Concepción

(Tragedia cómica)

Traducción: María Rosa Oliver
y Horacio Ferrer



EDICIONES DE LA FLOR

Seminario Multidisciplinario
José Emilio Goyari
SMJEG
Escuela de Humanidades
UNR-UF

9/17
Biblioteca de Ayub
Biblioteca de Ayub

CURS 1181211 c-1 17/nov/08

Tapas: OSCAR SMÓJIC

A
SUSANA DE MORAES,
mi hija.

© 1973
EDICIONES DE LA FLOR S. R. L.
Uruguay 252 1.º B - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley.
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Now strike the golden lyre again:
A louder yet, and yet a louder strain.
Break his bands of sleep asunder,
And rouse him, like a rattling peal of thunder.

Hark, hark! the horrid sound
Has raised up his head;
As awaked from the dead,
And amazed, he stares around.

JOHN DRYDEN: *Ode in Honour of St. Cecilia's Day*

... sin pan, sin música, cayendo
en la soledad desquiciada
donde Orfeo le deja apenas
una guitarra para su alma
una guitarra que se cubre
de cintas y desgarraduras
y canta encima de los pueblos
como el ave de la pobreza.

PABLO NERUDA: *La crema*

El mito de Orfeo *

Orfeo tuvo un fin desdichado. Después de su expedición a Colcidia se quedó en Tracia y allí se unió a la bella ninfa Eurídice. Un día, cuando huía de la persecución amorosa del pastor Aristeo, Eurídice no vio una serpiente oculta en la hierba tupida, y por ella fue picada. A consecuencia de ello, Eurídice murió, y dese entonces, Orfeo trata en vano de consolar su pena llenando las montañas de Tracia con los sonos de la lira que Apolo le diera. Pero nada podía mitigarle el dolor y el recuerdo de Eurídice lo perseguía sin cesar.

Al no poder vivir sin ella, resolvió ir a buscarla en los parajes sombríos donde moran los corazones que no se enternecieron con los ruegos humanos. A los acentos melódicos

* Extractado de *La Leyenda Dorada de los Dioses y de los Héroe*s, del helenista Mario Meunier.

de su lira, acudieron los espectros de los que viven sin luz y lo escucharon, silenciosos como pájaros en la noche. Las serpientes que forman la cabellera de las intratables Erinnias dejaron de silbar, y el Cancerbero aquietó el abismo de sus tres bocas. Acercándose, finalmente, al inexorable Rey de las Sombras, Orfeo obtuvo de él el favor de retornar con Eurídice hacia el Sol, aunque su ruego sólo fue escuchado a condición de que no mirara hacia atrás, para ver si su amada lo seguía. Pero justo en el instante en que ambos iban a respirar el día claro, la inquietud del amor perturbó al infeliz amante. Impaciente por ver a Eurídice, volvió la cabeza y con una sola mirada perdió a su amada para siempre.

Las Bacantes, ofendidas por la fidelidad de Orfeo a la amada desaparecida, a la que buscaba perdido en sollozos de nostalgia, se lanzan sobre él una noche santa y descuartizan su cuerpo. Pero las Musas, a quienes el músico tan fielmente sirviera, recogieron sus despojos y lo sepultaron al pie del Olimpo. Su cabeza y su lira, que habían sido tiradas al río, fueron arrojadas por la corriente a la playa de la Isla de Lesbos, de donde fueron piadosamente recogidas y guardadas.

NOTA: Todos los personajes de la tragedia deben ser normalmente representados por actores de raza negra; pero esto no impide que, eventualmente, no pueda ser puesta en escena con actores blancos.

Como se trata de una obra en la cual la jerga popular tiene mucha importancia, y como el lenguaje del pueblo es mudable al extremo, antes de cada nueva puesta en escena, esa jerga debe ser adaptada a la que se habla en el momento.

La letra de los sambas constantes de la pieza, con música de Antonio Carlos Jobim, es la que —indefectiblemente— debe ser usada en la escena, tratando siempre de actualizar la acción lo más posible.

ORFEO DE LA CONCEPCIÓN

(Tragedia carioca en tres actos)

Personajes

ORFEO DE LA CONCEPCIÓN, el músico

EURÍDICE, su amada

CLÍO, madre de Orfeo

APOLO, padre de Orfeo

ARISTEO, criador de abejas

MIRA DE TAL, una mujer del morro

LA DAMA NEGRA

PLUTÓN, presidente de Los Mayorales del Infierno

PROSERPINA, su reina

EL CANCERBERO

LOS MAYORALES DEL INFIERNO

CORO Y CORIFEO

Acción: Un morro de Río de Janeiro

Tiempo: El presente

ORFEO DE LA CONCEPCIÓN

(Tragedia carioca en tres actos)

Personajes

ORFEO DE LA CONCEPCIÓN, el músico
EURÍDICE, su amada
CLÍO, madre de Orfeo
APOLO, padre de Orfeo
ARISTEO, criador de abejas
MIRA DE TAL, una mujer del morro
LA DAMA NEGRA
PLUTÓN, presidente de Los Mayorales del Infierno
PROSERPINA, su reina
EL CANCERBERO
LOS MAYORALES DEL INFIERNO
CORO Y CORIFEO

Acción: Un morro de Río de Janeiro

Tiempo: El presente

Primer acto

ESCENA

El morro, en lo alto de la ciudad, cuyas luces brillan en la noche. El terreno forma una plataforma, con un caserío al fondo, junto al barranco, defendido —a la izquierda— por un pequeño murete de piedra en semicírculo, del que bajan una serie de escalones.

Noche de luna, estática, perfecta. En la choza de Orfeo, al centro, titilan varias lamparitas.

Al levantarse el telón, la escena está desierta. Luego de prolongado silencio, se comienza a oír, distante, un tañer de guitarra plañendo un vals que a poco se aproxima, en un tocar divino, simple y directo como un habla de amor. Surge el Corifeo.

CORIFEO

Son tantos los peligros de esta vida para quien tiene pasión, principalmente, cuando una luna surge, de repente,

y en los cielos se da, desvanecida.
Y si a ese claro de luna enajenado
una música cualquiera llega a unirse,
muy cerca una mujer entra a sentirse
y es la hora de andarse con cuidado.
Fue concebida esta mujer cercana
de luz lunar, canción y sentimiento:
tan bella, que la vida no la ama.
Como la luna es: si desanuda
su ser, tan sólo irradia sufrimiento.
Y, llena de pudor, vive desnuda.

"Soneo"
CLÍO (Desde adentro, con voz de haber sido
despertada de repente.)

La guitarra de Orfeo... Apolo, ¡oíla!

APOLO (También adentro, bostezando.)

Quedate en paz. Quedate en paz, mujer.

CLÍO
Despertate, que es sangre de tu sangre el
que toca.

APOLO
Mirá vos... ¡Hay que embromarse!
Solito las mujeres logran dar
en el clavó... ¡Tomá! Pero, ¿quién fue
que le enseñó al chiquito a guitarrear?
¿A quién se le ocurrió? ¿Quién dio la guita
para una viola hermosa? Un instrumento,
te lo juro, que echaba melodías
con un roce nomás de puro viento.

CLÍO
Verdad: vos le enseñaste. Y él, mi Orfeo,
aprendió a tocar con tal maestría
que nadie como él ya tocará.

Ni los que antes fueron los maestros,
pueden hacer lo que el muchacho nuestro.
Apolo, oí: ¡qué hermoso, qué agonía!
Si me dan unas ganas de llorar...

APOLO

Cómo toca, Señor, este hijo mío,
¡es una voz de la naturaleza!
Si la estrella hablara, así hablaría.
Oílo, Clío, que tocar de esa
manera, hasta lo ofende a Dios. Se expresa
con tanta sencillez... Y, qué armonía.
¿Sabés qué? Me lo acuerdo de pibito;
lo vuelvo a ver gatear por el baldío
tal como lo hizo Dios, tan desnudito.
Lo veo, entre el asombro y la sorpresa,
lo escucho balbucear a mi chiquito
mirando el despertar de las estrellas.
Decía para mí: "Habla con ellas".
Y les hablaba, ¡les hablaba, Clío!
¿No era así?

CLÍO

Claro que era. Pero,
callate, hombre, de una buena vez;
que andar de charla cuando nuestro Orfeo
está tocando, ¡hasta pecado es!

(La música, en acordes, se desarrolla libremente, cada vez más próxima. Ritmos de samba comienzan a marcarla, aquí y allá; ritmos nostálgicos que llenan la noche. A veces llegan, de lejos, sonidos: un canto agudo de mujer, la voz de un hombre que llama, trozos sueltos de un ensayo de batucada. En un momento dado, la noche se vuelve, súbitamente, muy oscura, como si una nube hubiera tapado la luna. Al aclararse la escena, Orfeo está en el tope de la escalera, con la guitarra colgada del hombro.)

ORFEO

Toda música es mía, ¡soy Orfeo!

(Da una serie de acordes y rasgueos, a medida que se aproxima al murete. Venidas, nadie sabe de dónde, entran volando palomas blancas que, enseguida, se pierden en la noche. Largos ladridos se oyen cercanos. Surge un gato y va a restregarse en las piernas del músico. Voces de animales y susurro de hojas agitadas por el viento, vencen, por unos instantes la melodía —en pianísimo— que brota de la guitarra mágica. Orfeo escucha estático. Después empieza a tocar mientras, a su vez, los sonidos de la naturaleza cesan. Quedan en este desafío durante un tiempo, alternando voces, hasta que todo se acalla: voces, ruido, música.)

ORFEO

Soy Orfeo: ¿quién soy yo?: Eurídice...

(Vuelven, por un momento, los sonidos, los ladridos, el chirriar patético de los pájaros en los nidos. Después, la melodía de la guitarra se reanuda como una caricia.)

ORFEO

Eurídice... Eurídice..., Eurídice...
Nombre que pide que se digan cosas de amor, ay, nombre de mi amor, que el viento aprendió para deshojar la rosa.
Nombre de estrella sin nombre, Eurídice.

CLÍO *(Desde adentro)*

Mi Orfeíto, ¿sos vos? ¿Qué andás pensando, que hablar a solas, hijito, yo te siento?

ORFEO

¿No duerme, mi viejita? ¿La desvelo?

CLÍO

¿Cómo pregunta semejante cosa?
Dormida no estaría preguntando.
¿Dónde anda esa cabeza?

ORFEO *(En voz baja.)*

En el cielo.

(Dentro de la choza se oye ruido; y, poco después, Clío aparece en la puerta. Ahí queda

mirando al hijo sin que él la vea. Luego aparece Apolo, y ambos permanecen quietos, atentos a los menores gestos del guitarrista.)

ORFEO (En un susurro.)

Dónde, pero dónde estás Eurídice ...

(No para un segundo de tocar, como si escuchara una música interior, pero, de repente, se da vuelta, sintiéndose observado.)

ORFEO (Con tono de reconvención.)

¿Madre? ¿Padre? Por Dios, viejitos míos, a la casa los dos ... ¡con este frío no estar en la cuchita, haber salido!
¿Han perdido el juicio?

CLÍO

¿Quién lo ha perdido?
¿El que pregunta? O es él que responde ...
El que tiene un poquito y quiere usarlo,
o el que lo tuvo y lo echó quién sabe dónde.
¿Quién sabe dónde!

ORFEO (Hablando consigo mismo.)

Ay, ¡quién sabe dónde!
¡Sabe dónde, mamá! En este momento,
al juicio de su Orfeo hay que llamarlo
con un nombre de mujer; rebautizarlo.
El juicio de su hijo, en un murmullo,
cantaba un poema de Orfeo que no es suyo:

es un nombre de mujer ... Por el barranco
del morro, trepa el juicio de su Orfeo;
muy lentamente va, todo de blanco,
para encontrarlo a Orfeo.

CLÍO

Hijito mío,
en dónde está mi Orfeo, ¿qué ha pasado?
¿Qué ocurre que lo noto tan extraño?

APOLO

No te metás, mujer. Dejalo al chico.

ORFEO

No, mi viejo. Está bien. Será mejor
afrontar este asunto, porque yo ...

CLÍO

¿Por qué será que estás tocando tanto?
Siempre tocás, chiquito, pero hoy
en tu guitarra hay un idioma grave
que por mi sueño se ha metido; quejas
de tu encordado misterioso y triste.
Te pasa algo que tu madre sabe,
pero no quiere saber, y que la aflige
a esta negra vieja, ¡ay! ...

ORFEO (Con ternura.)

¡Por Dios, mi vieja!

(Corre a besarla.)

¿Cómo puede, mamá ... ?

CLÍO

¿Cómo? Pudiendo:

¿Acaso una no es de carne y hueso,
y al perro mundo no echó un hijo? ¿Una
no sufre, suda, gime y se desvive?

¿No exprime el pecho hasta dar leche blanca
y sangre roja, no lucha, no se cansa?

¿No lava ropa hasta quedar sin uñas?

(Lo mira a Apolo de reojo.)

¿No banca a un vagoneta, a un mentiroso,
que bebe hasta mamarse en espantosos
boliches de cafisios y de chorros?

¿Acaso una no es madre, no he hecho un hijo,
no vive para verlo, como al mío,
querido y respetado en todo el morro
por hombres y mujeres?

*(Apolo mira a Orfeo, se encoge de hombros y
entra a la choza. Cuando la madre calla, el
músico se pone a tocar bajito, en acordes
nerviosos.)*

ORFEO

Vieja mía . . .

¡qué sonsera, mamita, tanto encono!
No ofenda al viejo, que en el fondo es bueno;
y tan buen músico es, que yo le debo
todito lo que sé: posturas, tonos
de la guitarra, todo me ha enseñado.
Y si nada hace ya, y está tirado,
bastante hizo con hacer poesía.

26

CLÍO

Es que estoy harta, Orfeo, de mis males.
¡Ojalá me muriera!

ORFEO

¿Morir sin ver
al hijo de su hijo, que va a ser
el mayoral de los mayores?

CLÍO *(Acercándosele.)*

Pero, ¿qué locuras estás diciendo?

ORFEO *(Rasgueando dulcemente.)*

Eurídice, viejita, es un sabor
que me insiste en la boca; es un gustito
que sabe a lo mejor que yo he tenido:
a tus besos, cuando era chiquito,
y al gusto de mi primera canción.
Tiene el sabor del sueño que soñé
para llegar donde he llegado hoy.
Un gusto sin palabras. Parecido
al gusto de la música, ¿sabés?

*(Rasguea la guitarra como buscando
la expresión que le falta.)*

Y yo la quiero a Eurídice, mamita,
y ella me quiere. También su hijo es hombre,
y por hombre una mujer él necesita.
Precisa una mujer . . .

CLÍO *(Intrigada.)*

¿Una mujer?

27

CLÍO (Llorando)

Por favor . . . ¡no te casés!

(Le pone los brazos en los hombros, le baja la cabeza y lo besa con fuerza, en la coronilla. Orfeo queda así, agachado, por un instante. Al recuperarse está solo. Mira en torno, aturdido, atónito. Su guitarra, como perdida, responde a ese estado de ánimo, con acordes cansinamente discordantes. La frase musical que corresponde al nombre de Eurídice, repunta de golpe en su punteado doloroso. Él se aproxima al murete, vuelto hacia las luces de la ciudad. Una ráfaga de viento trae sonidos como de arpa que parecen anunciar el nombre de Eurídice. Todo es Eurídice en la mecánica del instante, y la presencia de la mujer amada debe mantenerse con fuerza y fatalidad inenarrables.)

ORFEO

Eurídice . . . Eurídice . . . Eurídice . . .

(La guitarra responde con tres acordes semejantes. Poco después, una melodía parece apuntar, con ritmos más característicos, de la masa informe de música que brota del instrumento. Orfeo, atento al llamado, puntea más cuidadosamente ciertas frases. Poco a poco, el samba empieza a tomar forma, mientras la letra, espontánea, al principio en balbuceante delecto, se va acoplando a la melodía.)

ORFEO (Cantando.)

Un nombre de mujer
tan sólo un nombre y nada más . . .
Y un hombre bien templado
se muere de llorar.
Perdió su voluntad,
quedó sin paz.
Yo, por ejemplo, no sabía, ay, ay,
lo que era amar.
Pero después llegaste vos,
y allá fui yo.
Y aún iré más.

(Repite la melodía varias veces, cantando entre dientes, y dando unos pasitos de samba. Cuando termina, ríe solo.)

ORFEO

¡Hum! Sambita sabroso. Te estoy viendo bajar del morro, mi samba. ¡Oh, remolino de músicas en mí! Ya está saliendo otra y otra . . . ¡Inspiración, despacito! . . . ¡Calma, guitarra, que así no se avanza! La cosa es divagar para encontrar la melodía de un cantar que dice . . . de un cantar que llamaré . . .

EURÍDICE (Que desde hacía rato lo observaba.)

. . . ¡Eurídice!

ORFEO (Hablando a la guitarra.)

Mi guitarrita . . . ¿hablaste vos? O es

el nombre de ella, que mi corazón
sin querer nombró . . .

EURÍDICE

No . . . Fui yo, fui yo.
Fue el amor mismo que ha llegado, ¿ves?
soy yo, negrito.

ORFEO (*Volviéndose, la ve y retrocede
asustado.*)

¡Eurídice! ¡Visión!

EURÍDICE

¿Cómo pasó sin mí? . . . ¿Pensó en mí?
Mi amor: tres horas y cuarenta, así,
sin ver a mi adorado.

(*Corren el uno hacia el otro
y se abrazan apasionadamente.*)

ORFEO

¡Fue un tormento!

EURÍDICE

Mi corazón como loco está latiendo.
Oílo, negrito. Vine corriendo . . .

ORFEO (*Se pone a sollozar, con la cabeza
oculta en el regazo de su amada.*)

No sé, no sé, mujer, lo que me mata.
Si es este amor por vos, tan grande, amor,

32

que me revienta el pecho; o la ilusión
de amarte más aún, y más, chiquita . . .

(*Se aparta de ella y la contempla.*)

¡Dejame ver qué linda sos, mi amada! . . .

EURÍDICE

Sólo una cosa en este mundo es linda:
vos.

(*Lo besa.*)

ORFEO

¿Quién llora embobado? Yo no
soy . . .

EURÍDICE (*Besándole los ojos.*)

Lágrimas de mi amor inmenso, puras
lágrimas, sí, sobre tu piel oscura.
Son como estrellas en la noche; estrellas
que beberé, mi amor, una por una,
y al fin mi amor, me embriagaré con ellas.

ORFEO

Ay, negrita, ¡qué tristeza tan buena!

(*Rien ambos, tomados de la
mano contemplándose.*)

Ah, Eurídice querida, decir
que antes que vos nacieras yo nací,
que yo existí sin vos, es mi tortura.
¿Yo sin mi Eurídice? ¿Qué pude ser?

33

¿Un pedazo de carne y piel tostada?
¿Dos pies y dos manos fui? Nada era.
Eso: la sensación de ser la nada.
Orfeo ha sido y Orfeo vivió
sólo desde que Eurídice nació.

EURÍDICE

Dulce idioma de mi pecho, dulzura
que me derrite entera. No, malvado,
dulzura por dulzura me has tentado.
Me seducís, así, con la ternura
de la palabra tierna que me arrulla.
No, todavía no, ¡ay, tentación!
No debe ser que Eurídice sea tuya,
tuya, y sea tuya antes de ser...

ORFEO (*Tomándola entre sus brazos.*)

¡Pasión!
Pasión que me alucina y me da vida,
mujer para el amor aparecida.
Te quiero para mí.

EURÍDICE

No, todavía.
Hay que esperar un poco más, mi cielo.
Nos casaremos dentro de dos días,
como soñamos. Todo listo está
para casarnos, querido. Compré el velo,
mi vestido de novia hice. ¿Vas
a saber esperar, cosita buena,
para casarnos como Dios ordena?
¿Verdad que sí?

34

ORFEO (*Abrazándola violentamente.*)

Me voy a enloquecer.
Pasión, pasión, por vos, mujer, ¡pasión!

(*Se besan en un embate irresistible, mientras
el cielo se oscurece tal que si una nube cu-
briera, nuevamente, la luna. Sonidos de vo-
ces informes parecen llegar con el viento.
Entre ellos dos surgen, de pronto, los ge-
midos angustiados de Eurídice.*)

EURÍDICE

No, mi negrito... Por amor de Dios,
esperá.

(*La luz de la luna vuelve a iluminar la escena.
Orfeo se desenlaza lentamente del abrazo
de su amada.*)

ORFEO

Eurídice, perdoname,
si es que el amor puede pedir perdón.
Dos días son, queriendo, ¡todo el tiempo!
Pero está bien: hago de tripas corazón,
aunque, por vos, malita, yo me muero;
ya mi morena no me quiere...

EURÍDICE (*En un gemido.*)

No,
canalla... ¿así me hablás? ¡Mejor matame
que hablarme así!

35

ORFEO

Pero adorada, ¡vamos! ...
¿No vio, mi corazón, que estoy bromeando?

EURÍDICE

Disculpá, la culpa es mía, yo sé.

ORFEO

De nadie, mi pequeña, es esta culpa.
Amor, es sólo amor, negrita.

EURÍDICE (*Suspirando hondo.*)

¡Pucha,
no sé ni dónde tengo la cabeza!

(*Divertidos, rien. Después vuelven a abrazarse, pero esta vez con infinita ternura.*)

ORFEO (*Acunando a su amada.*)

Mi ángel, mi chiquita, mi tibieza.

EURÍDICE

¿Tiene alma de gato la mujer?
Así dicen ...

(*Rien aun más, abrazados. Luego, ella se aparta.*)

ORFEO

Mi amor ... ¿ya va a volver?

36

EURÍDICE

Es necesario; mi Orfeo, que vuelva
a la casa para ver a mi madre.
Tengo que ir.

ORFEO

Aquí yo esperaré.
Y no te me tardés que aquí ya tengo
un samba para vos; sambita nuevo
para cantarte, amor, y en una de esas
cuando volvés hay otro más ...

EURÍDICE (*A la guitarra.*)

Guitarra,
decí si ¿habrá a mi vuelta un nuevo samba?

ORFEO (*Rasgueando con soltura.*)

Con voz bajita las seis cuerdas cuentan
que harán lo que mandés, querida mía.

EURÍDICE (*Persignándose.*)

¡Cruz diablo, mi negrito! Se diría
que la guitarra habla por sí misma.
Y habla, de veras que habla.

(*Orfeo, bromeando, expresa con su instrumento cosas que le quiere decir a ella, en súplicas, a veces, que hacen reír a la muchacha.*)

¡Hasta luego,
vuelvo enseguida, mi Orfeo!

37

(Se levanta, de repente, de nuevo, el viento, y se oyen rumores extraños de la noche. La guitarra suena agitada cuando Eurídice comienza a alejarse.)

ORFEO *(En un grito.)*

¡Eurídice!

EURÍDICE *(Dándose vuelta, asustada.)*

¿Qué le ocurre a mi amor? ¿Qué cosa siente?

ORFEO

No sé. Sentí, de pronto, una agonía, y me he sentido inmensamente triste: como una angustia por tenerte y verte.

(La escena clarea de manera fantástica, con la claridad de la luz lunar aumentada sobrenaturalmente.)

Eurídice, no vayas . . .

EURÍDICE

¡Qué sonsera!
La brisa suave me traerá de vuelta.

ORFEO

¿Por qué es que a mi menina yo la siento tan rara, hoy? Contame qué te pasa . . .

EURÍDICE

Es la luna, corazón, la luna alta.
Es su luz, nada más ni nada menos.

ORFEO

¡Qué angustia que me diste! En un momento yo te vi en mi alma alucinada, como si muerta te estuviera viendo. Lejana y sola . . .

EURÍDICE *(Acercándosele.)*

Porque muerta estoy.
Muerta de amor, estoy, muerta, enterrada, muerta con cruz y todo.

ORFEO *(Sonriendo.)*

¡Enamorada!
Andá y volvé de una corrida, amada, que hasta que no vuelvas mis cenizas soy, esperando por vos, que das la vida.

(Eurídice lo atrae hacia ella lo besa fuerte y se va.)

ORFEO

Mujer, amor, mujer, la más querida. Ahora que no estás, dejá que estalle en sollozos mi pecho. Estás metida en mi ser; y, cada instante que pasa se alarga enamorado, y cada instante sus óleos amorosos me derrama. Y, ¿sabés una cosa? Cada vez que llega algún dolor, esa saudade que te acerca por más lejos que estés, que nos acerca más si cerca estamos, y esta flojera de vivir robado

del mundo, con el pecho traspasado
por una miel que corre, y la ansiedad
de encontrarme, y la incapacidad
de ser yo mismo, todo, todo esto
que confunde al espíritu más fuerte,
todo, mi vida, su importancia pierde
no bien escucho tu palabra antigua;
apenas siento regresar tu gesto,
y llega con tu cuerpo la armonía.
¡Tu cuerpo!, que me habla en un lenguaje
que me inunda de fuerza y de coraje,
mi Eurídice, ¡de un orgullo de rey!
Sos mi música, sos, amada mía:
mi música, mi verso y mi silencio.
¡No te vayas de mí! Nada seré
sin vos. Sin vos soy la carta jugada,
la cosa sin razón, nada de nada;
de los cantos rodados, el más triste;
Orfeo sin su Eurídice no existe.
Vivir sin vos, Eurídice, parece
quedar mirando de un reloj la esfera
que tiene sólo aguja. minutería.
Vos sos la hora, la región que crece
en el tiempo, y al tiempo da sentido,
porque es tu ser el que a mi ser sustenta.
¡Qué padre ni qué madre!, nada cuenta;
vos sos la esencia del vivir, querida,
mil y mil veces querida, mi amada.
¿Quién, pero quién hubiera ayer podido
imaginar que Orfeo, el que da vida
a toda la ciudad con su guitarra,
aquel que con sus palabras de amores
a las mujeres deshoja, igual,
igual que lo hace el viento con las flores;

¿quién, pero quién hubiera imaginado
que él, Orfeo, quedaría a tal
punto por Eurídice fascinado?
Mulata, piel oscura, dientes blancos,
seguí tu huella, que te voy siguiendo,
por cada rumbo, con mi pensamiento.
Y aquí me encontrarás cuando te vuelvas,
cuando vos vuelvas por la luna llena
a los brazos sin fin de Orfeo amante.
Seguí tu vida, pájaro contento.
Seguí tu vida: yo seré constante.

(Con las últimas palabras, la guitarra comienza a afirmar una nueva melodía. El samba va revelándose, poco a poco, y la letra se forma naturalmente, al sabor del ensayo. Orfeo canta.)

Por tu vida,
va un camino que es de paz y amor.
Por tu vida,
se oye una linda canción de amor.
Abrí tus brazos a la última esperanza,
la esperanza divina
de amar en paz.
Si todos fueran iguales a vos,
qué maravilla vivir.
Ya el aire sabe cantar,
y una mujer cantará,
y la ciudad cantará,
sonreirá, cantará y pedirá
la belleza de amar.
Como el sol y la flor y la luz,
amar sin mentir ni sufrir.
Existirían las verdades,

verdades que nadie ve.
Ay, si alcanzara este mundo a ser como vos.

*(Con la última palabra del samba,
entra Mira de Tal.)*

MIRA

Muy bien, muy bien... ¿algún sambita nuevo?

ORFEO

Nuevito, Mira. Y vos, ¿qué tal? ... ¡Adiós!

MIRA

Lindo, muy lindo, tu recibimiento ...
Bien distinto al de ayer, guitarra, ¿o no?
Tal vez. ¡Chau! Luego, yo estaré en la esquina;
y si no estoy, venímelo a contar.
Si no me ves, estaré en otra parte ...

MIRA *(Cambiando de tono.)*

¿Qué pasa, corazón, con tanta inquina? ...
Distinto eras conmigo, Orfeo, antes.
Pienso en un samba que llamaste "Mira".

ORFEO

De este lado no oigo nada,
a fuerza de escuchar tanta pavada.
¡Finíshala!

MIRA

Loquito ... ¿dónde vas?

42

Si fuera otro el que me hablara así
lo mandaría a la misma ...

ORFEO

¡Fuera!
¡Mové esas patas y rajá de aquí!

MIRA

¡Mirá las partes que tenés, miseria! ...
Hace un año, te andabas relamiendo
por mí, ¿te recordás?

ORFEO

No, no me acuerdo.
¿Y qué hay que recordar que no recuerdo?:
de todo me olvidé ...

MIRA

Tal vez requiera
que alguna le refresque la memoria.
Alguna perra alzada, alguna mina
mugrienta, vagabunda y descarada,
alguna mulatita, alguna escoria
con pujos de querer pasar por blanca.

ORFEO *(Volviéndose hacia ella furioso.)*

Tomátelas, rajate, repodrida,
que estás para cobrar ... ¡De una trompada
te juro que te parto el sucio escracho!

MIRA *(Enfrentándolo.)*

A ver ... ¡golpeame, ya que sos tan macho!

43

A eso yo le di lo que tenía,
y lo que no, también... ¡cabrón, perdido!

ORFEO

Más calma, Orfeo. Calma yo te pido...

MIRA

Y ahora, ¡vaya el roña, el más jodido,
a buscar a su hembra al basural!

(Al oír esto, Orfeo avanza sobre ella, y la agre-
de a bofetadas. La mujer reacciona; y, por
unos instantes, los dos luchan violentamen-
te. En una separación momentánea, Mira,
atemorizada, retrocede.)

CLIO (Desde adentro, asustada.)

Orfeo, corazón... ¿te sentís mal?

(Orfeo se recupera y, por unos segundos, que-
da jadeante en la misma posición. Mira,
llena de miedo, le da la espalda y se esca-
bulle hasta desaparecer en un camino.)

ORFEO

Este tranquila y duerma, madre mía,

CLIO (Medio dormida.)

¿Qué hacés ahí? La noche está tan fría
y es hora de dormir. Entra.

ORFEO (Acercándose.)

Andate, Mira... No me provoques
que voy a rechiflarme...? No entendes
que el cuento se acabó? Haceme caso...

MIRA (Riendo, sarcástica.)

Tal vez, si el muy gallito tiene alma
me invite al casamiento... ¡de madrina!

ORFEO (Hablando consigo mismo.)

¿Qué es eso, Orfeo? ¿Qué es? Un mal
momento...

Tranquilo, hijo, calma, mucha calma.

MIRA (Mirándolo con desprecio.)

Habrà que ir a comprarle una aspirina.

¡Quién te ha visto y quién te ve! ¿Qué
ungüento,

qué yuyo o qué gualicho te han echado?
¿Qué te ha dado, Orfeo? Te han embrujado...

ORFEO

Andate, Mira... ¡hacete humo, fuera!

Dejame en paz, dejame en paz, por Dios,
o por lo que en el mundo vos más quieras.

MIRA

Ah... Lo que yo más quise fuiste vos.

(Alejándose un poco y señalándolo.)

A ese mal parido yo quería.

ORFEO

Ya sé,
mamá, ya voy.

(Orfeo ha tomado su guitarra y se ha puesto a tocar presa de una gran agitación. Después, va serenándose, en acordes que se expresan un poco más alegres. Finalmente el ritmo de samba reaparece. Da una sonora carcajada.)

Mujer, ay, ay, mujer...

(El instrumento parece repetir la frase. Orfeo silba. Después la canción va apareciendo.)

ORFEO *(Cantando)*

Mujer, ay, ay, mujer.
El ser mujer, qué eterno es,
cuando te abraza, te besa y golpea,
te manda al infierno
por verte perder.
Te habrás de convencer
mujer, que aunque hagas enredos,
yo no me estoy chupando el dedo, no.
Mujer, qué gran dolor
de nuestro amor
que no dio más.
Y siendo así no insista, desista
déjeme que exista,
llore, que eso es bueno,
y olvídense de mí.

(Ríe fuerte, con gusto. Mientras su risotada se prolonga, vuelven a oírse, informes, los

ruidos de la naturaleza, misteriosos como palabras. La escena se oscurece nuevamente. Orfeo, mirando en torno, sale despacio del lugar, repitiendo su samba en la guitarra. Pasados algunos momentos, entra, lúgubre, Aristeo, el apicultor.)

ARISTEO

Yo soy Aristeo, pastor de abejas.
Pero no hay miel bastante en este mundo
para endulzar a mi siniestra queja.
Aristeo, ¿por qué, por qué has nacido,
para morir así, cada segundo
de este lóbrego amor sin esperanza?
Eurídice, pequeña, fatalmente
en mi camino siento tu acechancia:
¡Ay, tu cuerpo, tus ojos y tus dientes!
¡ay, tu desdén!; y, ay, esta envidia oscura
que siente por Orfeo, tan herido
mi corazón, turbio panal que gime,
al crepitar de unas abejas duras,
destilando la negra miel del crimen.
Ay, Orfeo, ¿por qué tu imagen?
¿Por qué el azar te dio tanta hermosura,
que Eurídice te ama sólo a vos,
y en vos puso su amor y su deseo?
¿Por qué decís que sos mi amigo, Orfeo,
con qué razón pensás que amigo sos,
si al serlo ejerciste la tortura.
de ser, ay, como sos, en carne y verso
y atraer al amor, que es mi condena?
¡Ay, Aristeo, qué destino cruel
ser este pobre vendedor de miel,
de miel de Orfeo! Y será miel en pena,

porque vos diste, Orfeo, la colmena
donde, entre las abejas, de repente,
hizo en la cera nido la serpiente
que ha de picar a Eurídice en el seno:
negro seno que nunca ha de dar leche.

(Al final del monólogo, entra Mira que, escondida, queda observando al pastor de abejas.)

MIRA

No es verdad, Aristeo. Del moreno
seno de Eurídice y en nueve meses,
manará y manará leche muy blanca
para el hijo de Orfeo. Yo lo sé
muy bien, Aristeo, porque yo lo oí.

ARISTEO *(Volviéndose.)*

¿Quién está ahí?

MIRA *(Apareciendo.)*

Yo, Mira.

ARISTEO *(Poseso, se vuelve hacia ella)*

Me mentís.

Tiene que ser mentira. ¡Hablá, mujer!

(Aristeo sacude a Mira.)

MIRA

¡Ah, me ahogás, Aristeo! . . . No es así como
me harás hablar.

48

ARISTEO

Mejor, ¡callate!

MIRA

Ni en sueños callaré. Voy a contarte
de lo que Eurídice le ha dicho a Orfeo,
y lo que él a ella, Aristeo.
No te pongás en sonso y escuchame . . .

(Comienza a cuchichearle en el oído. Después, observa en torno. Se apartan rápidamente. Pasados unos momentos, vuelve Orfeo acompañando con su guitarra un choro que se oye lejos del morro. La luna ilumina la escena. Pero súbitamente todo vuelve a quedar oscuro, como antes. Orfeo se sienta y cesa de tocar. Luego, desde el fondo de las sombras, crece una voz taciturna, enorme, como resonante dentro de una cámara de ecos.)

LA DAMA NEGRA

El Hombre nace de Mujer y tiene
corta vida, y, en medio de tal suerte,
muere el Hombre nacido de Mujer,
de la Mujer que muere al darle el ser.
Breve es la vida y el amor es breve.
Tan sólo vivir largo es de la Muerte.

ORFEO

¿Quién habló?

49

(La escena se aclara, mientras surge de la escalera, lenta, una gigantesca negra vieja, cubierta hasta los pies por un manto blanco. Lleva entre las manos un ramo de rosas rojas.)

LA DAMA NEGRA

Yo. Soy yo, la Dama Negra.

ORFEO

(Tapándose los ojos, ofuscado.)

¿Y quién sos, Señora Dama, quién sos?

LA DAMA NEGRA

La Dama Negra. Habito la tiniebla, y vine porque alguien me llamó.

ORFEO

Nadie llamó. De aquí nadie ha llamado.

LA DAMA NEGRA

Llegué, porque de aquí me han convocado.

ORFEO

Nadie ha llamado. ¡Aquí soy yo el que ordena!

LA DAMA NEGRA

Hoy alguien me llamó, y ya va conmigo, ya va conmigo hacia la noche plena, el alguien que llamó.

50

ORFEO

Señora Negra:
Orfeo ordena el morro, y le repito que nadie, aquí, en mi reino, la llamó. ¡Nadie de nadie!

LA DAMA NEGRA

Orfeo, el mundo es mío.
Orfeo, oí: sólo un instante tengo para quedarme en este mundo, Orfeo, para luego seguir, tras ese instante.

ORFEO

Adelante, Señora, ¡adelante!
¡Siga, siga la Dama, yo lo ordeno!, que este es mi dominio. Soy la vida, y aquí nadie se muere antes de tiempo. Nada tiene que hacer la negra dama donde Orfeo da vida, y la guitarra de Orfeo, y la música de Orfeo al morro y a su gente vivifican. ¡Adelante, Señora, siga, vaya, que mi música es paz y es armonía!; y es castigo, señora, porque soy Orfeo. Aquí mi música es la ley.

LA DAMA NEGRA

Yo soy la paz, Orfeo; yo no estoy hecha de lucha.

ORFEO

Abur, abur, señora:

51

a nadie aquí ya le llegó la hora ...
¡abur, abur, señora!

LA DAMA NEGRA

No me iré.
Por quien hoy me ha llamado esperaré.

ORFEO

Orfeo es fuerte, porque Orfeo es rey,
y mi fuerza lo ordena que se marche.
Aléjese danzando, ¡sí!, danzando.
¡Dance, Señora Dama, dance, dance! ...

(Se pone a tocar furiosamente su guitarra, en ritmos y en golpes y rasgueos violentos. Los sonidos, a medida que aumentan, van dando una formidable impresión de magia negra, de macumba, de brujería.)

¡Dance, Señora Negra, dance, dance!

(El movimiento sigue así, en un crescendo infinito hasta que, exhausto, Orfeo se detiene con un macabro y demoníaco sonido de guitarra. La escena se oscurece totalmente. Cuando aclara, se ve a Eurídice en el mismo lugar donde se viera a la Dama Negra, y también con un ramo de rosas en la mano.)

EURÍDICE

Pero Orfeo, mi alma ... ¿qué ha ocurrido?

ORFEO *(Mirándola, como si no la reconociera.)*

52

Eurídice, qué sueño que he tenido,
¡qué pesadilla!

EURÍDICE *(Corriendo hacia él).*

Mi pobre negrito ...
Quise volver antes. Pero mamá me retenía como con un miedo: "Menina, sé prudente y esperá, esperá un poquito, calmá ese fuego que te está quemando", y que patatán y que patatán, temiendo por mí. Y yo, mi amor, tratando de decirle que era un instante nomás, para venirte a dar las buenas noches.

ORFEO

¡Mi adorada!
con vos a mí lado, no temo nada.
Ya el mal sueño pasó ...

EURÍDICE

¿Hiciste el samba?

ORFEO

Dos, hice.

EURÍDICE

¿De los dos, para mí alguno?

ORFEO

Tuyo es todo lo que mi guitarra canta. Todo.

53

EURÍDICE

¿Y qué más ocurrió?

ORFEO

Nada. Que vino Mira y me peleó.
Y si no me contengo, la destruyo,
¡yo le rompo la cara, yo le rompo!

EURÍDICE (*Riéndose.*)

Dejarse provocar por ésa... ¡Sonso!
¡Sonsito! Anda con celos...

ORFEO

Sí, de veras
que fui sonso; perdón por sonsera.
¿Perdona, mi negrita?

EURÍDICE

Perdonado.

(Orfeo la toma en sus brazos y se besan estrechamente enlazados, mientras que —de nuevo— se levanta el viento y con el viento llegan los misteriosos sonidos de la noche. Pero ellos dos, entregados a la fuerza de su pasión, nada perciben.)

ORFEO

Por qué me maltratás, así, mujer...
¿Por qué? ¿Por qué?

54

EURÍDICE (*Dejándose llevar.*)

Negro... Mi Orfeo amado,
negrito...

ORFEO

¡Qué pasión mata mi ser,
una pasión maldita, mi adorada,
me mata! Dios... ¿Por qué?

EURÍDICE

Mi amor, mi bien,
¿es tanto lo que quiere a su mulata?

ORFEO (*Con voz estrangulada.*)

Esto es algo fatal. Ya no es querer:
no, no es querer: es muerte. Muerte.

EURÍDICE

¿Muerte?
¿Morir? Decí, mi amor... si yo muriese,
¿te entristecerías mucho? O, acaso,
no sé... te sentirías aliviado.

ORFEO (*En un sollozo.*)

No hablés, negrita, así. Porque si ahora
te perdiera, me iría al mismo infierno
a buscarte, ¡de tanto que te quiero!

EURÍDICE

Sabés lo que tu Eurídice te adora.

ORFEO

Y entonces, ¿qué nos pasa?

55

EURÍDICE

¿Me quieres?

ORFEO

Como a nadie en el mundo yo he querido,
mujer de mis sueños . . .

EURÍDICE (*Juguetona.*)

Diga, mi amor
que no se va a cansar de mí después . . .

ORFEO

Después, mi amor, será lo que ya es:
Eurídice y su Orfeo nunca dos:
uno solo, la negra y su negrito.

EURÍDICE

Uno solo, mi Orfeo enamorado,
Pero . . . ¿dónde?

ORFEO

Ya está todo pensado:
en la cama que Orfeo ha preparado,
ya, para la mujer que Dios le ha dado.

EURÍDICE

¿Y tu padre y tu madre?

ORFEO

Está arreglado.
Yo tengo mi cuartito separado;

56

aunque el colchón, mi amor, está deshecho,
y la camita es dura . . .

EURÍDICE

No, mi amado:
Eurídice será de Orfeo el lecho.

(Se besan, tiernamente, y entran juntos en la casita. No bien entran, la noche se hace inmensamente clara y las aves nocturnas chillan invisibles mientras el viento parece arrastrar melodías. En seguida, de atrás de la choza surge el bulto de un negro alto y torvo que, escurriéndose furtivamente, se planta, en gesto dramático ante la casa de los dos amantes. Coincidiendo con su gesto, y con una nueva música, patética, proveniente de la noche, la Dama Negra surge de las sombras.)

ARISTEO (*Con voz sollozante*)

¡Eurídice!

LA DAMA NEGRA

Eurídice murió.

ARISTEO

¿Quién habla? ¿Quién habló?

LA DAMA NEGRA

Aristeo, yo,
ya hablé: la Dama Negra.

57

ARISTEO (*En grito salvaje.*)

¡Eurídice!

LA DAMA NEGRA

No, Aristeo. Ya muy tarde viniste.
Eurídice murió; murió tu amada,
Aristeo. Murió en aquella casa,
en brazos del amor que la perdió:
se ha muerto entre los brazos de su Orfeo.
Tu Eurídice está muerta, ya, Aristeo:
su vida para siempre está perdida.

ARISTEO

No es cierto, Negra Dama, no murió;
sólo en mis brazos perderá la vida:
¡amo tu sangre, Eurídice mía!

LA DAMA NEGRA

Murió, Aristeo. Y en el tibio lecho
dio a su Orfeo todo lo que fuera.

ARISTEO

¡Silencio! Ella no ha muerto, todavía.
Aún vive, y yo la mataré. O mía
o de nadie, ¡de nadie!

LA DAMA NEGRA

¿Tuya? ¿Cómo?
Todo cuanto tu Eurídice tuviera
a su Orfeo lo dio íntegro. ¡Todo!

58

(*Aristeo, enloquecido, embiste hacia la casa
agitando los puños. En ese momento se
oyen las voces confusas de los amantes.
Aristeo y la Dama Negra se ocultan furti-
vos en las sombras. La puerta se entreabre
para dejar pasar a Eurídice. Orfeo aparece,
apenas a medio cuerpo, del marco de la
puerta. Se besan largamente.*)

EURÍDICE

Buenas noches, mi amor.

ORFEO

Adiós, querida.

EURÍDICE

Como mi cuerpo que fue tuyo, también
aquí se quedan mis sueños...

ORFEO

Mi bien:
soñá conmigo, pensá mucho en mí.

EURÍDICE

Mi hombre, mi adorado...

ORFEO

Mi querer:
ya todo tuyo soy, en alma y cuerpo.
Tuya es también la música de Orfeo.

59

EURÍDICE

¡Qué saudade! ¡A morir, te extrañaré!

ORFEO (*Besándola.*)

Y yo, amor, mi amor, de Orfeo amor.

EURÍDICE

Ni morir en el cielo es un dolor
más dulce, negro mío.

ORFEO

Amor mío.

EURÍDICE

Tierno Orfeo, adiós. Tengo que irme.

ORFEO

Se va contigo mi alma, Eurídice.

EURÍDICE

La sangre de mi amor yo te confío.

ORFEO

Vaya en paz, chiquita, y en el camino
tenga cuidado.

(*Mira la noche.*)

La luna, en los cielos
su amparo, está alumbrando para vos.
¿No es cierto, mi menina? Adiós.

EURÍDICE (*Besándolo.*)

Adiós.

ORFEO (*Besándola.*)

Adiós.

(*Entra en su casa. Al darse vuelta Eurídice, Aristeo, surgiendo de la noche, puñal en mano, la mata espectacularmente. Eurídice cae.*)

EURÍDICE (*Al morir.*)

Adiós.

ARISTEO (*Huyendo, emborazado.*)

Adiós, mujer de Orfeo.

(*La escena se va oscureciendo lentamente, mientras la Dama Negra surge del rincón en donde se había ocultado. Todo es silencio. Con un gesto amplio, la Dama Negra se quita su gran manto y, con él, cubre el cuerpo de Eurídice muerta, mientras baja el telón.*)

Segundo acto

ESCENA

En el interior del club "Los Mayorales del Infierno", al fin de un baile, bastante espeso, de Martes de Carnaval. Escenario y ambiente, de acuerdo al nombre; pero, dejando margen para la sugestión de un ballet que permita, no obstante, el equilibrio clásico que debe ser mantenido en el transcurso de la acción.

Parejas e individuos aislados, bailan por el salón, sin música, entre las sombras rojinegras de reflectores que insinúan la presencia del fuego. Todas las figuras secundarias, hombres y mujeres, visten el uniforme de la sociedad carnavalesca; aunque aun así, la indumentaria de las mujeres hace recordar, vivamente, a la de Euridice.

Como en las orgías griegas, los hombres persiguen a las mujeres que aceptan o rehuyen, en consonancia con el movimiento. Se bebe a saciedad, con unción, empinando las botellas.

Al fondo, en un trono diabólico, están sentados Plutón y Proserpina, rodeados por una corte de mujeres. Esta pareja mefistofélica debe caracterizarse por su tamaño y por su gordura. Ambos son gigantescos, risueños y se despepitan invitando a los concurrentes a aproximarse, a beber, a gritar e insinúan, crean y desatan la fiesta.

PLUTÓN (A carcajadas, en tono altísimo, que sugiera un samba negro.)

Aprovechen, muchachos, que mañana se acabó.

¡Hoy es el último día! Aprovechen, a muerte, que mañana es Miércoles de Ceniza. No quiero

a ninguno triste, no quiero a nadie solito, ¡no quiero nadie sin su vasito! ¡A beber, a beber hasta llenar la calavera, que después sólo la muerte es verdadera! Mañana es Cenizas,

hoy es la alegría y hoy es la jarana y hay que mover el rabo, ¡acuérdense de mí! Porque, ¿al fin y al cabo? ... ¿Quién es el que manda aquí?

PROSERPINA (Riendo.)

¡Es el rey, es el rey!

TODOS (En coro.)

¡Es el rey, es el rey!

PLUTÓN

¿Quién da la orgía y la bebida, y da el sambita y la alegría?

TODOS (Marcando el compás.)

¡Es el rey, es el rey!

PLUTÓN (Irguiéndose en toda su estatura.)

¡ES EL REY! ¡ES EL REY!

(Se dispersan como enloquecidos para marcar el ritmo con las palmas y con zapateos, mientras bailan estimulados por la cadencia de la frase, continuamente repetida: "¡Es el rey, es el rey!" Plutón y Proserpina se matan de risa. A sus pies, las mujeres también ríen y ruedan sensualmente.)

PLUTÓN (Siempre con tono agudo.)

Triste de aquél que en vez de chivear y de loquear, pretende pensar o laburar el día entero. Triste de aquél que por tomar la vida en serio, ¡va en seguida a parar al cementerio, a trabajar de sepulturero!

TODOS (En coro, marcando el compás.)

¡Va a parar al cementerio haciendo el sepulturero!

PROSERPINA (Borracha, poniéndose en pie.)

Y viva la orgía, y el reino de la locura,

que hoy es el último día estoy segura! ¡Y viva la alegría! ¡Viva!

TODOS

¡Viva!

(En la secuencia rítmica que sigue, cada vez que se nombre un instrumento, se oirá el sonido del mismo monstruosamente ampliado.)

PLUTÓN

¿Y quién marca el tiempo a fondo?

TODOS

¡El bombol!

PLUTÓN

¿Quién marca el ritmo sutil?

TODOS

¡El tamboril!

PLUTÓN

¿Quién marca el saborcito brasileiro?

TODOS

¡El pandeiro!

PLUTÓN

¿Quién da la marcación bien rica?

68

TODOS

¡La cuica!

PLUTÓN

Y ¿quién anima la farrita que se dio?

TODOS

¡El agogó!

PLUTÓN

Y al fin, al fin, ¿de qué diablo está amasada una buena batucada mil por mil?

TODOS

¡De bombo y cuica y pandeiro, de agogó y de tamboril!

PLUTÓN

Hay que ver, hay que ver, ¡hay que ver, caramba!, ¿por qué es que no sale ese samba?

(Se oye el silbato. Después entran, uno tras otro, los instrumentos nombrados, en un gran crescendo.)

PLUTÓN

¿Es samba o no es?

TODOS

¡Es!

69

PLUTÓN

¿Es sabroso o no es?

TODOS

¡Es!

PLUTÓN

¿Es del diablo o no es?

TODOS

¡Es!

(El sonido llega a proporciones fabulosas, mientras todos entran a bailar, marcando el tiempo con los pies; Plutón y Proserpina también bailan, sobre el estrado, entre las mujeres que ruedan borrachas. La escena sigue así por un tiempo razonablemente largo. De repente, se insinúa, distante al principio, después, en una amplitud creciente que llega a dominar, a la batucada, el sonido cristalino de una guitarra que llora. Una después de otra, las figuras se van inmobilizando en las posturas originales del samba, y el sonido del batusque decrece a medida que aumenta el de las cuerdas. Sólo Plutón se yergue, como atónito, y se inclina para escuchar. El instrumento recoge escalas dulcísimas, en trémolos y glisandos, que se aproximan más y más. De vez en cuando, en medio de la música, una voz llama. Es la voz de Orfeo.)

LA VOZ DE ORFEO (Desde muy lejos.)

¡Eurídice!

(Cada vez que la voz llama, la guitarra queda, provisoriamente, en silencio. Los llamados alternan con la expresión cariñosa de la música, de la cual participa frecuentemente la frase musical que corresponde al nombre de la mujer amada. En seguida, las mujeres, no los hombres, van saliendo del letargo en que se hallaban, como si brotaran de su propia inmovilidad.)

LA VOZ DE ORFEO

¡Eurídice! ¡Eurídice!

(A medida que el nombre va siendo repetido, las mujeres renacen totalmente, dando lugar a que se oiga un preanuncio de coro, algo fragilísimo, como una crepitación de viento, repetido disonantemente por las mujeres, hasta esfumarse, de tan tenue. Ese eco coral, desdobra lo patético del nombre que la voz de Orfeo trajo desde lejos.)

LA VOZ DE ORFEO

¡Eurídice!

EL CORO DE LAS MUJERES

Eurídice . . . rídice . . . ídice . . . dice . . . ice . . .
ce . . . eeee . . .

LA VOZ DE ORFEO (*Tristísima.*)

¡Eurídice!

EL CORO DE LAS MUJERES

Eurídice . . . rídice . . . ídice . . . dice . . . ice . . .
ce . . . eeee . . .

LA VOZ DE ORFEO

Mulata . . .

EL CORO DE LAS MUJERES

Ay . . . Ay . . . Ay . . . Ay . . . Ay . . . Ay . . . Ay . . .

PLUTÓN (*Irguiéndose con violencia.*)

¡Qué siga la fiesta, que la fiesta siga!

(*Ante esas palabras imperativas, las mujeres se inmovilizan, mientras los hombres comienzan a despertar. En medio de las sonoridades de la guitarra, se insinúa el toque de la batucada.*)

PLUTÓN (*Vociferando.*)

¡Alegría!, que hoy se apura el reinado de la alegría . . . Como que mañana es la jornada oscura del Miércoles de Cenizas, ¡arriba con esas risas! ¡nada de tristezas! ¡Que sea coronado Momo, y viva la locura!

PLANO DEL CANCERBERO

Se ve a Orfeo tocando su guitarra. Su rostro

expresa una inmensa tristeza. Busca a Eurídice en medio de la locura del Carnaval. Se dirige hacia el club "Los Mayorales del Infierno", donde se desarrolla, infernalmente, la batucada.

Súbitamente, ve su camino interceptado por el Cancerbero, perro guardián del club, un enorme perrazo con muchas patas y muchas cabezas, que arremete contra él amenazadoramente, y que si no lo mata es porque Orfeo no para de tocar su música divina que lo perturba. Cuando el Cancerbero avanza, Orfeo retrocede, siempre tocando, y ante la música es el perro quien a su vez recula, sin saber lo que hace.

Poco a poco, la música de Orfeo domina al Cancerbero que acaba tendiéndose, apaciguado a sus pies.

La batucada, en tanto, prosigue su crescendo, y pronto enmascara los sonidos de la guitarra. Todo queda así por unos instantes. De repente, se oye un bramido desesperado, un grito inarticulado, como de horror. Debe ser tan sobrehumanamente alto, que su efecto sería el de traumatizar a la concurrencia.

ORFEO

¡Eurídice!

Después de ese grito, aumentan los reflejos rojos del fuego, y, en seguida, se hace la oscuridad. Una luz blanca se proyecta sobre la puerta de entrada donde surge Or-

feo que se detiene en el umbral. Está todo de blanco y la guitarra le cuelga de un hombro. Ahí queda estático el tiempo suficiente para que se haga, en el espacio, el silencio evocado por aquel grito monstruoso. Al sonar de su guitarra se encienden las luces, y el músico ingresa en la sala. Toca un choro, al son del cual bailan las mujeres, y sólo ellas, en pasos lánguidos, aislados. Orfeo pasea por la sala y, durante ese paseo, las mujeres lo requieren con los gestos de su danza.

PLUTÓN (*Poniéndose de pie, en un rugido.*)

Y vos, ¿quién sos?

ORFEO

Yo soy Orfeo el músico, soy.

(*Ha dejado de tocar y las mujeres se inmobilizan.*)

PLUTÓN (*Amenazándolo con el puño.*)

En nombre del Diablo, decí: ¿quién sos vos?

ORFEO

Yo soy el dolor más profundo; yo soy el que
va
llorando; yo soy la mayor tristeza del mundo.
Yo soy yo, que soy Orfeo.

PLUTÓN

¿Y que andás buscando por aquí?

74

PROSERPINA (*Arrojándose en brazos de Plutón, ebria, y tratando de que él se ocupe de ella.*)

Lo que busca, Plutón, es macanear, es llamar la atención, y hacerse el tren. Dejalo, mi bien; mirame a mí, corazón.

PLUTÓN

¡Silencio, Proserpina! Plutón está hablando. Plutón, el rey de los infiernos. No quiero, no, sentir ni el vuelo de una mosca, ni el rumor de una serpentina. ¡Silencio!
(*Dirigiéndose a Orfeo.*)

¿Qué es lo que andás queriendo?

ORFEO

Quiero la muerte.

PLUTÓN

Basta de hacerte el vivo, vos. Decí de una vez que hacés aquí, decí quién sos y qué querés, ¿entendiste?

ORFEO

Yo quiero a Eurídice.

(*Al oír este nombre, las mujeres recomienzan su lánguida danza, mientras murmuran:*)

LAS MUJERES (*Danzando.*)

Yo quiero vida y nadie me da vida; el Carnaval

75

se acabó, la vida está herida y terminó, la vida se murió, ¿no ves?

PLUTÓN

En nombre del Diablo, ¡quiero que digás lo que querés!

ORFEO

A Eurídice yo quiero.

LAS MUJERES (*Danzando.*)

Yo soy Eurídice. Eurídice soy yo. ¿Quién es que dice que yo no soy Eurídice? ¿Quién es que dice que Eurídice no soy? ¿Quién es que dice que yo no soy Eurídice?

ORFEO (*En un gemido de la guitarra.*)

Eurídice, vení conmigo, amor.

(*Extiende los brazos hacia las mujeres, como invitándolas a que se acerquen. Ellas lo hacen, dejándose enamorar y se sueltan al sabor de la música.*)

PLUTÓN

Que nadie salga si el rey no lo ha ordenado. ¡Afuera con el atrevido! Mayorales del Infierno... ¡afuera con el colado! ¡Afuera Nadie aquí tolera a los metidos.

(*Los rumores de la batucada comienzan a aumentar de nuevo. Los hombres se mueven aproximándose en pasos medidos, amena-*

zadores. Pero Orfeo los domina con la magia de su guitarra. El movimiento cesa por completo.)

ORFEO

No soy de aquí. Del morro soy. Soy el músico del morro y allá estoy bien conocido.

Eurídice

murió. Y a la ciudad he bajado para buscar a Eurídice, la mujer de mi corazón. En esta soledad terrible, desde los días pasados, a Eurídice he buscado, amada mía. El mundo entero canta, todos se emborrachan y nadie sabe de ella. Yo quiero a Eurídice, mi novia muerta, aquella que de amor murió por mí. Sin Eurídice no puedo vivir. Sin mi mulata no hay Orfeo, no hay música ni hay nada. El morro detenido. la sangre detenida se quedó, y después todo se llenó de olvido. Sólo queda, con vida, mi esperanza. La de ver a mi Eurídice, a mi mulata, aunque más no sea por última vez, ¡aunque más no sea!...

PLUTÓN

Fuera de aquí, que aquí no hay Eurídice ninguna. Ya te vi la intención, mendigo, malandra de segunda: ¡lo que querés es arruinarme el baile! Y aquí Plutón es el que ordena; y digo: ¡afuera!

PROSERPINA (*Cayendo sobre él, borracha.*)

El coso este está en pesado, y nuestra fiesta es buena, Plutón. Dejalo, dejalo que se quede

en un rincón, si no capaz que nos arma un lío. Olvideló, mi amor, venga con su mamá y dele unos besitos...

PLUTÓN

Esperá, mujer, que nada seguirá hasta que este perdido no se vaya. Casi ha conseguido aguaros la bailada. Lo que yo quiero, con este pendenciero, es echarlo ¡y echarlo a las patadas!

LAS MUJERES (*Danzando.*)

Yo soy Eurídice...

ORFEO

Vení conmigo, mulata, cielo mío. Tu Orfeo te llama, mi enamorada. Vení un instante.

Venite

a conversar conmigo como antes, y como antes vení a entibiar mi cama.

LAS MUJERES

¿Quién es que dice que Eurídice no soy?

¿Quién es que dice que yo no soy Eurídice?

PLUTÓN (*Gritando.*)

Aquí mi palabra es ley: yo prohíbo, yo permito.

Que nadie salga si su rey no se lo manda y mando yo que soy el rey. Música, ¡vamos! música tocando... ¿a dónde fue la música? ¡Que siga la música, que siga sin fin! Quiero bombo, quiero cuica y tamboril, quiero pandeiro,

quiero agogó. ¡Toquen el pito! ¡a ver si mandan samba, caray, que el Carnaval no se acabó!

PROSERPINA

Es al cuete, Plutón. El tipo este está mamado. Dejalo, dejalo, que anda curdo. ¡Qué olor a cornudo se siente por todos lados! Ay, qué olor a cornudo por todos lados se siente, muchachos!

ORFEO (*Aturdido.*)

¿En dónde estoy? Pero... ¿quién soy? Y, aquí ¿qué hago? Por qué este infierno, si yo buscaba el cielo. A mi Eurídice yo quiero, yo la quiero a ella, a mi adorada mulata de sangre cubierta... A la que conmigo jugueteaba

y sonreía. A mi mulatita de los dientes muy blancos, mía, mía...

(*Las mujeres lo rodean, tomadas por las manos. La batucada recomienza en sordina, entre voces y risas contenidas. Todos están borrachos, alborotados. Algunos hombres corren, atontados, tras de unas mujeres que bailan sueltas.*)

LAS MUJERES (*Acompañadas por bombo y cuica, en ritmo de marcha.*)

Zaranda, zarandita,
vamos que hay que zarandear.

Que sonó la medianoche,
Carnaval se acabará..

ORFEO (*Con los brazos en alto.*)

¡No, no murió!

LAS MUJERES

Tuvo una, tuvo dos,
tuvo tres, tuvo un millón.
Tanto amor no le cabía
dentro de su corazón.

ORFEO

Eurídice mía . . .

LAS MUJERES

Vamos muertita, vamos
a la playa a pasear.
Hay que ver la linda novia,
muertita,
y su marcha nupcial.

ORFEO

¿En dónde, en dónde?

*(Plutón y Proserpina se abrazan riendo y van
quedando medio dormidos.)*

LAS MUJERES

El anillo que me diste
fue de vidrio y se rompió.

80

ORFEO (*Que se ha puesto a beber de una botella,
exaltado.*)

No. Era el mayor amor del mundo. Era la vida,
era el lucero y era el cielo. Era, en este mundo,
el amor más grande. Más grande que el cielo,
más grande que la muerte misma. Eurídice,
querida, despertate, vení conmigo, alma mía.

LAS MUJERES

En la calle, en la calle tengo un bosque,
que se llama, que se llama soledad.

ORFEO (*Clamando.*)

Eurídice . . . ¡vení, vení, mi amor!

*(Las libaciones generales continúan. Varias
parejas duermen sobre el piso. Algunas
siguen bailando sambas al tuntún, sin música.
Una pareja de mandras, uno frente
al otro juegan la capoeira.)*

LAS MUJERES (*Tomándose por las manos y
trocando lugares a cada línea de la copla,
siguen el ritmo de la capoeira.*)

A los esclavos de Job
les daba por pelear.
Gira, mata y dale al zamberé,
¡qué no!
Guerrero con guerrero
zip-zip-zip-zá.
Guerrero con guerrero,
zip-zip-zip-zip-zá.

81

(Orfeo corre de una mujer a otra, intentando separarlas. Pero el movimiento siempre lo repele. Bebe ávidamente. Ya todos se han quedado dormidos a excepción de las mujeres que cantan y de los dos mandras que bailan la capoeira, uno frente al otro, sobre la izquierda.)

ORFEO *(Blandiendo la botella.)*

De la muerte soy esclavo, soy; soy el que a la muerte anda buscando, soy el que a la muerte quiere; ¡y no se muere! Porque Eurídice es la muerte. Vení, Muerte.

(Requiere a las mujeres pero ellas se esquivan. Toma la guitarra y rasguea. Por un momento los sonos dulcísimos dominan todo y el movimiento cesa totalmente, hasta que las mujeres fascinadas comienzan a seguir a Orfeo con pasos lánguidos, medidos, mientras el músico se dirige, de espaldas, hacia la puerta de salida. Pero, casi al salir, se introducen entre los acordes de la guitarra, ritmos pesados y tristes de la batucada. Los dos sonos coinciden por instantes, mientras las mujeres —indecisas— fluyen y refluyen al compás de los dos ritmos.)

ORFEO *(A las mujeres, señalándolas de a una.)*

Eurídice, vení. Ya te encontré, mi amor.
Eurídice

sos vos y vos y vos y vos y vos. Todo es Eurídice. Todas las mujeres son Eurídice. ¿Alguien quiere a una mujer muerta? Yo no. Yo quiero a Eurídice viva, como nuestra noche de amor. Vení, mi vida . . .

(La aurora raya, poco a poco, entre las sombras rojizas. Orfeo, vuelto hacia el amanecer, exclama:)

Es la madrugada, Eurídice. ¿Te acordás, querida, cuántas madrugadas vi nacer por el morro y a tu lado? ¿Te acordás, amor mío, de los pajaritos llamados por el desafío de mi guitarra?

¿Te acordás del sol que alumbraba nuestros besos? Mi amada, vos sos la madrugada.

Ya la noche ha pasado, también la oscuridad y todo eso. Voy hacia vos, Eurídice. Hacia vos voy enamorado, mi adorada.

(Sale tocando la guitarra entre los acordes, en pianísimo, de la batucada. Las mujeres corren tras de sí pero la presencia del ritmo las detiene. A cada movimiento hacia adelante, responden con un retroceso general, lánguido, dentro de la cadencia del samba.)

ORFEO *(Desde muy lejos.)*

Eurídice, es la madrugada.

LAS MUJERES (*En coro, danzando, cantan sin palabras, en sonos asordados que crecen como violines.*)

Hum...m...m...m...m...m...

(*La escena queda así. Las mujeres danzan lánguidamente, y los dos malandras siguen luchando en la capoeira, a la derecha del salón que se hace claro de más en más. Se sigue oyendo la voz de Orfeo, y su guitarra, y en medio, el toque pianísimo de la batucada. Después, cae lentamente el telón.*)

Tercer acto

ESCENA

La misma del primer acto. Crepúsculo; frente a la casa de Orfeo se ve a grupos conversando —ad lib— en tono grave, y atentos a los accesos de llanto y, por momentos, alaridos de dolor que —en el interior de la casa— profiere Clío. Entra el Coro.

CORO

PRIMERA VOZ .

Ay, Orfeo . . .

SEGUNDA VOZ

Pobre Orfeo . . .

TERCERA VOZ

Ay, tan puro . . .

CUARTA VOZ

Ay, tan puro que de amor enloqueció.

QUINTA VOZ

Creo en él . . .

SEXTA VOZ

Creador de melodía.

PRIMERA VOZ

Hijo de Apolo, Orfeo.

SEGUNDA VOZ

¡Nuestro Orfeo!

TERCERA VOZ

Nació de Clío . . .

CUARTA VOZ

Y tanto padeció
bajo el poder mayor de la poesía.

QUINTA VOZ

Y fue por la pasión crucificado.

SEXTA VOZ

Enajenado Orfeo, abandonado.

CORO

Orfeo descendió a las tinieblas
y de las grandes tinieblas resurgió
para la luz, y después regresó
para el morro donde está vagando,

vagando como vaga el alma en pena;
Orfeo está a su Eurídice buscando.

CLÍO (*Posesa.*)

¡Ay, ay, maldita! ¿Qué hiciste maldita
de mi hijo, qué hiciste?

APOLO (*Adentro afligido.*)

Bueno, vieja . . .
Calmate, Clío, por amor de Dios.
Los vecinos escuchan, mi querida . . .

CLÍO (*A los berridos.*)

¡So vaca y puta y vagabunda y perra,
nacé otra vez que yo te comeré
los ojos sinvergüenza, cerda, yira!
¡Nacé de nuevo! a ver . . . ¡nacé!

APOLO

Mujer,
mujer, por Dios, calmate.

CLÍO (*En llanto.*)

¡Sufro y grito!
Dejame sola, vos. ¡Quiero a mi hijo!
¿Dónde está mi Orfeo?

APOLO

Por ahí está.
Tan quieto, que parece una criatura;
pobrecito, tan mansa es su locura.
(*Se oye un estertor de Clío.*)

CLÍO

Te han mentido, Apolo, ¡te han mentido!
No, nuestro Orfeo no está loco ¡ay,
ay, Dios del Cielo, Dios, ilumíname,
que quiero encontrar a la depravada
que trastornó a mi Orfeo! Dios, llévame,
Dios...

(Cambia bruscamente de tono.)

No, con Dios no quiero saber nada.
¿Qué Dios es ése que logró apagar
el alma de mi Orfeo? No, Dios no...
¡Dios de mentira, Dios de envidia, Dios! ...
(Una crisis de llanto la interrumpe.)

UN HOMBRE *(Afuera.)*

¡Cruz Diablo, qué horror!

UNA MUJER *(Santiguándose.)*

¡Ay, Virgen Santa!
Pobre mujer...

UNA SEGUNDA MUJER

Alguien debía hacer
algo por ella...

UNA TERCERA MUJER

Un médico...

UN SEGUNDO HOMBRE

¡Chupate
ésa! ... Un médico en el morro ... ¡Vamos,
traigan el Cadillac que lo buscamos! ...

90

OTRO HOMBRE *(Serio.)*

¿Te hacés el piola, no?

EL SEGUNDO HOMBRE

¿Y qué? Fue esa
mujer que lo ordenó...

LA TERCERA MUJER

Dios nos proteja.

Ya ni el dolor ajeno se respeta
aquí. Cuando de alma y de cabeza
Orfeo estaba bien, esto era otra
cosa, era ... Este morro era feliz.

UN VIEJO *(Asintiendo.)*

¡La verdad! Este morro no era así:
con Orfeo la vida era otra cosa.
Había paz. La música de Orfeo
tenía un poder casi divino, creo.

OTRO VIEJO

Mismo. ¡Pobre muchacho! Enloqueció...

*(Dentro de la choza recrudece el llanto de Clío.
Por los escalones suben algunas mujeres
con latas de agua en la cabeza, que se mez-
clan con los ya presentes a comentar —ad
libitum— lo que sucede.)*

APOLO *(Apareciendo en la puerta.)*

¡Yo ya no sé qué hacer! Este martirio

91

dura tres días ya: mi pobre vieja
se está volviendo loca como el hijo.

CLÍO (*Adentro.*)

¡Ay, quién me lo va a traer a Orfeo de vuelta!
¿Quién me lo trae?

APOLO

Dios, ¡qué cosa horrible!
¿Por qué en el mundo ya no hay paz posible?
¿Por qué tanto sufrir?

CLÍO (*Llorando.*)

No puedo más.
¿Qué ser piadoso me querrá matar?

APOLO (*A los presentes.*)

Muchachos, por favor, ayúdenme.
Yo ya no sé qué hacer, no sé... No sé.
En nombre del cariño que sintieron
por mi Orfeo, hagan algo: ¡lo ruego!

UNA MUJER (*Enjugándose las lágrimas.*)

¡Qué horror! No se da más... ¡Y van tres
días! Esa mujer no aguanta... Haría falta
que alguien fuera abajo: pediría
un socorro cualquiera...

UN HOMBRE

¡Una ambulancia!
La del puesto de auxilio... ¡Allá voy yo!

UNA VIEJA

Corra mijito que el buen Dios lo ampara.

(*El hombre sale corriendo. Por un momento,
el grupo queda en profundo silencio.*)

UNA MUJER

¿Por dónde andará Orfeo?

OTRA MUJER

Anda vagando.
Pasa sus días por el morro, errando.
Noches atrás mi hijo lo encontró.
Y cuenta que es terrible, ¡impresionante!
Mi hijo no es miedoso. Y se volvió
tan conmovido por Orfeo, tanto,
que fue preciso santiguarlo, darle
yuyos y cosas y rezar rosarios,
para ayudarlo.

(*En torno de ella se forma un círculo;
comentarios ad lib.*)

UNA TERCERA MUJER

¡Dios!

UNA CUARTA MUJER

Y, ¿cómo fue?

LA PRIMERA MUJER

Fue así: resulta que mi muchachito
pegó la vuelta, con su cajoncito

de lustrador: ustedes saben que
mi garotito de travieso que es
se me vuelve al morro por el barranco.
Y así volviendo, trepó, y anocheciendo
al matorral entró y, de repente,
ni quiso creer a lo que tuvo enfrente:
¡una aparición! Y la estaba viendo
y no creía . . . Restregó sus ojos:
¡era Orfeo! Estaba todo de blanco,
como siempre, y con la guitarra al hombro.
Brazos abiertos, dientes muy sonrientes
como esperando por alguien que llega.
Estando así, a un lado campaneaba,
sus brazos abre aún más y más y más,
sale corriendo —con mi hijo detrás—
pero aquél ¡se hace perdiz! Sabe Dios
dónde es que a su demencia da guarida.
¡Pobre Orfeo! Lo mismo que alma en pena;
o peor, porque está penando en vida.

LA SEGUNDA MUJER

Y nadie más, ni un son, salir oyó
de su encordado.

LA TERCERA MUJER

Cierto. ¡Nadie! Estamos
en este morro, de peor en peor.
¡Qué lucha, Santo Dios, y qué calvario:
hay gente que a otros morros se ha mudado!
¡A éste el mal de ojo le han echado!

LA CUARTA MUJER

Muchacha . . . ¡basta de llamar desgracias!
Me las tomo de aquí . . . ¡me voy, me voy!

(Se va, y comentarios ad lib.)

LA PRIMERA MUJER

Y a Mira, ¿quién la vio? Como embrujada
dicen que está la Mira. Y que está curda
todo el día en el boliche, con las putas
y haciendo toda clase de desastres,
gritando, a cara limpia, mil injurias,
y andándose, a lo bruja, en la penumbra
murmura que tan sólo por su culpa
fue que Aristeo, el criador de abejas,
apuñaló a la Eurídice. Y que Orfeo
se ha rechiflado así por causa de ella;
que no fue por la Eurídice. ¡Total!,
que nadie pisa más ese lugar
donde la Mira está loca de atar.
Y con toda razón . . . ¡qué mundo chivo!

UN HOMBRE

Cosa del diablo, este morro. Pensar
que una semana atrás, en este sitio,
no había un arrabal . . . ¡un paraíso
había! Todo el morro parecía
soñado para ser de la armonía;
placer y calma que, de boca en boca,
los sambitas de Orfeo nos ponían.
¡Era una fiesta su presencia! Mismo
que un mensaje de paz.

OTRO HOMBRE

¡Y que lo diga!
Orfeo, a mí, me transformó la vida.
A ese muchacho debo lo que soy.

Vivía de pesado, en compadrón,
hasta que vino Orfeo y conversó
conmigo . . . ¡y como un ángel chamuyó!
No, no era un hombre, ¡era un ángel, era!
¡Dígame, amigo, si valió la pena!
Mire: las minas son la perdición.

OTRA MUJER

Y no faltaba, para nadie, nada;
¿ropitas? ¿pan? . . . Orfeo adivinaba
¡yo no sé cómo! Siempre aparecía
un dinerito allí donde faltara.
Las moneditas de sus sambas, daba . . .
¿Y en tal casa una tristeza había,
o una pelea, qué sé yo? . . . Él venía
y con mirarlo se secaba el llanto,
te daba vuelta el corazón, reía
y allí nomás bailaba su sambita
con alma de ángel y con pies de santo.

*(Una mujer se pone a llorar y sale corriendo
de la escena.)*

LA SEGUNDA MUJER

Esa pobre que se fue, estuvo perdida
de amor por Orfeo antes que Eurídice.
Y nunca lo olvidó . . .

*(Se oye, distante, la sirena de una ambulancia
que, poco después cesa. En seguida llegan
los ruidos lejanos de un batúque sobre cá-
jas y latas. Esos ruidos van aproximándose
gradualmente durante las escenas que si-
guen.)*

LA PRIMERA MUJER

¡Es la ambulancia!

*(Corre al rancho de Orfeo y en la puerta,
grita.)*

Es la ambulancia, don Apolo, ¡salga!

APOLO *(Apareciendo en la puerta.)*

Me parte el alma, Clío. ¡Está que aflige!
Es un trapito mojado, un negro trapo.
Y no se duerme: las lágrimas le quemán
en los ojos tan abiertos.

LA PRIMERA MUJER *(A Apolo.)*

Dígale algo,
preparé, para evitarle el chucho.

APOLO

Tiene razón. Gracias.

*(Entra Apolo a la casa. El sonido del batúque
ascendente se hace cada vez más fuerte. Sur-
ge, extenuado, el hombre que bajó a llamar
a la ambulancia, acompañado de otro. En-
tre ambos, portan una camilla.)*

EL HOMBRE

Ya está, muchachos,
¡la camilla! La ambulancia está ahí abajo.
Traerlos fue un infierno. ¡Qué relajo
con el doctor! Dijo: ". . . Ya que son muchos,

ustedes, y son fuertes, traiganlá,
pero de apuro; yo los espero acá
porque tengo otro caso muy urgente"...

OTRO HOMBRE

Como siempre ¡los mismos prepotentes!
Esto tiene que acabar, ¡y acabará!

(Se oye, dentro del rancho, un grito desesperado de Clío.)

CLÍO

Déjenme en paz. ¡Yo no me voy, mi viejo!
¡Quiero a mi Orfeo! ¿Dónde está mi hijo?
Traémelo, Apolo... ¡Orfeo, Orfeo!

APOLO

Lo verás, mujer. Te tranquilizo:
Orfeo me ha pedido que vayás
a buscarlo. Y ya vamos a su encuentro.

CLÍO

¡Mentira, Apolo! Vos estás mintiendo,
me engañás y mentís, ¡ay, Dios bendito!
¡Qué tormento!... Dios mío... ¡qué dolor!

APOLO *(A los presentes, saliendo.)*

Ustedes... ¿No me ayudan, por favor?

CLÍO

¡No, no, déjenme aquí, tengan piedad!
Aquí, junto a mi hijo, quiero estar.

Aquí quiero quedarme. Aunque esté loco,
es mi hijo. Señor, por caridad,
decí que vayan a buscármelo.
Él, es Orfeo de la Concepción,
muchacho grande, de guitarra al pecho.
Por ahí está. ¿Quién no lo vio a mi Orfeo?
Andan diciendo que se enloqueció.
¡Mienten!... Yo sé que mienten porque él es
de música. Es la música, y sin él
no hay vida. Porque Orfeo es centinela
de nuestro morro y nuestra paz él vela.
Sin él no hay paz ni hay nada. Sólo queda
una madre infeliz, la triste madre
con todo el corazón echando sangre.
Y esto, por culpa de una sucia hembra,
de una negra que ni gracia tenía,
de una mujer que no valía nada.

(Súbitamente fuera de sí.)

¡Ah, si ésa nace, nuevamente, un día,
le arranco con mis uñas cuerpo y alma,
la coso y la recoso a puñaladas!

(Cambia de tono.)

Pero ella no murió. Ni Dios Permita
que muera, ¡no, señor!... Que yo la quiero,
la quiero para mí por un instante,
y entonces... ¡vas a ver! Después, te juro,
Dios del cielo, que bien voy a portarme.
No quiero nada, Dios del cielo, nada:
tan sólo que me lleven al oscuro
hoyo donde la tienen sepultada.

Y allí mismo, puñado por puñado,
¡cavar, cavar y remover la tierra,
hasta encontrar el cuerpo de esa perra,
y verlo en pudrición, desintegrado
por los bichos de a poco devorado!

APOLO (*Se acerca a Clío.*)

Basta, Clío.

CLÍO (*Deshaciéndose de él.*)

¡Ajá! Vos también del lado
de la puta . . . ¡Qué sola me he quedado!

(*Se lanza contra Apolo, tratando de arañarlo.
Varios hombres acuden a socorrer a Apolo
y dominan a Clío.
Ella lucha furiosamente hasta que cae ex-
hausta.*)

APOLO

A ver . . . A la camilla sin demora,
¡a la camilla, vamos, que ya es hora!

(*En ese momento, entra en escena el conjunto
de batuque, cuyo ritmo había venido oyén-
dose durante las escenas anteriores. Es un
grupo de chiquilines lustrabotas que, con
sus cepillos, golpean cajones y latas de po-
mada. Sin prestar mucha atención a lo que
pasa, van a apostarse a un costado, sin de-
jar de golpear, mientras los demás están
colocando a Clío en la camilla.*)

UN CHICO (*Cantando.*)

Paz, mucha paz.

Paz, mucha paz.

Más paz para este mundo ruin, mi chiquilín.

SEGUNDO CHICO

Ésa no . . . Vamos a cantar aquella
otra canción de Orfeo, la que hacía
especialmente para mí. Un sambita . . .

TERCER CHICO

Su sambita, otra vez . . . ¡Che, cómo llena!

SEGUNDO CHICO

Aquí estás para hacer lo que yo diga.

(*El batuque entra y los chicos golpean los ca-
jones, mientras el otro grupo comienza a
moverse acompañando la camilla que trans-
porta a Clío. A la vez se inicia, en voz baja
y en tono gradualmente creciente un Salve
Reina, rezado por las mujeres. Poco a poco,
al progresar la oración, las mujeres van
arrodillándose, todo en medio del batuque
y de las distantes imprecaciones de Clío.
Los chicos cantan.*)

LOS CHICOS

Yo, y la que yo amé,

la que yo adoré

y de mí se fuera.

Condenándome al dolor,

¡qué de tristeza
tiene el pobre corazón!
Ella juró
quedarse aquí,
y fue muy lejos
para nunca más venir.

(Siguen tarareando la melodía, y la repiten cada vez con mayor animación de acuerdo al batuque. La oración, prosigue, mientras el grupo que lleva a Clío sale con aire triste. A lo lejos se oyen gritos de mujeres borrachas, carcajadas perdidas de una orgía que se está realizando en algún lugar del morro. Cae rápidamente la noche, tras el crepúsculo. Al encenderse, a lo lejos, las luces de la ciudad, la escena se oscurece para que aparezca el rellano escénico donde está el boliche llamado "El toldito".)

PLANO DE "EL TOLDITO"

En lo alto del morro, un pequeño bosque ralo, con árboles solitarios. Noche de luna llena. Un boliche con un letrero donde se lee: "El Toldito". En su interior se oyen ruidosas conversaciones y carcajadas de hombres y de mujeres, así como fragmentos sueltos del samba anterior, cantados con voz aguda. Algunas mujeres borrachas salen a la terraza de tierra que, frente al boliche, hace una placita. Entre las mujeres, está Mira.

MIRA *(Tambaleante, grita de pronto.)*

¡Ese samba! ... ¡Pará esa porquería,
si no querés que te arranque las tripas!

(Sigue el samba en el interior de "El toldito". Mira se tapa los oídos y, de repente, embiste puertas adentro, hace parar el samba en medio de la agitación general.)

UNA MUJER *(Ebria.)*

¡Qué farra! ¡Está borracha, la muchacha ...
Mira ... ¿qué te ha dado? ¡Siga el samba!
(A los hombres presentes.)
¿Y ustedes? ¿Qué deciden esas fachas?
Que sí, que no ... que no, que sí ... ¿quién
manda? ¿Quién es el que manda, aquí, el
hombre o Mira?

MIRA *(A la mujer.)*

Andate, y ¡ya sabés a dónde irte, yira!
¿Te das aires de qué? Te estoy sobrando,
y el cuero no te da ¡ni de salida! ...

LA MUJER *(Desdeñosa.)*

Hablás de curda, hablás, ¡de despechada!
De ser una mujer como yo soy,
Orfeo no te habría basureado:
¡peor que a un estropajo, te largó!
(Ríe histéricamente.)
Conmigo, sí: vivió una semana ...
Y a mí no me largó, ¡fui su bacana!

MIRA *(Con los brazos en jarra.)*

¿Bacana? Vos, bacana ... ¡hacé el favor!

¿Vos? Cáscara podrida de banana . . .
¡La mugre de mis patas es bacana
comparada con vos! Pero, mirala . . .

LA MUJER (*Amenazadora.*)

Ojo con lo que decís . . .

MIRA (*Dando dos pasos hacia ella.*)

Vos, roñosa,
tené mucho cuidado . . .

(*Se larga contra ella y se traban en pelea. Del
boliche salen hombres y mujeres que las se-
paran.*)

LA MUJER

¡Repiojosa!,
¡vení, animate! ¡Déjenla venir!
Vení, ¡podés venir!

MIRA (*Soltándose de los que la sujetan.*)

¡Me hacés reír!

(*Los presentes cargan en brazos a la mujer y
a Mira le hacen cerco algunas compañeras.
El ambiente dentro del boliche parece ha-
berse apaciguado. En seguida, se oye un nue-
vo samba, seguido de cantos y de carcaja-
das generales.*)

TODOS (*En coro.*)

No puedo olvidar

tus ojos, no,
que ya no puedo ver.
Hoy ya mi vivir
es esperar
para decirte adiós.
Mujer amada,
destino cruel.
Es madrugada:
rocío de mis ojos ya brotó.

UNA MUJER

No te apenés, Mira.

MIRA (*Súbitamente grave.*)

¿Yo? no tengo nada.
Si estoy así, por pura parada.

OTRA MUJER

¡Qué sonsera!

UN HOMBRE

Vamos, Mira, que te llaman.
Sé buenita. Venite a hacer las paces
y a beber y a cantar. Sólo se sabe
que la muerte es segura . . .

MIRA (*Sombria.*)

No lo dudo:
es lo único cierto en este mundo.

(*Se vuelve, súbitamente, y corre hacia el boli-
che seguida por las otras. A poco, los ruidos*

y las conversaciones, indican que las dos mujeres han hecho las paces y que el ambiente vuelve a ser de farra. Después, alguien comienza a tocar un chorito suave en un cavaquiño. Acto continuo, entra en escena Orfeo. Avanza cauteloso por entre los árboles, mirando hacia lo alto con aire perdido. Trae consigo su guitarra.)

ORFEO (*En voz baja como si pidiera silencio.*)

Todavía es temprano: oigo a la luna que le da la teta a las estrellitas. No te apures, amiga. Y a tu hora bajá del cielo, amor, toda vestida de blanco, más que la luna; como una luna sobrehumana, y más hermosa. El mundo es todo de leche, de leche de luna, mi Eurídice, y vos sos la luna. Por el espacio, ya viene tu leve ser. Y bajarás, serena, por un hilo de luz de luna llena. Ventrás a mí, visión, cosita mansa y con tu brazo abrazarás al mundo. El mundo, que soy yo, que no soy nada sin tu amor, y aun siendo nada, soy tuyo. Vení, mi amor. Ventrás apaciguada como una flor de la noche, enamorada, como una flor despuntarás en mí. Vení, vení, que nadie nos ve aquí. Los que gritan no ven, no saben ver, ni ya nunca verán, son todos ciegos. Sólo yo no soy ciego, y te respiro en cada olor y en cada suave viento. Y el rumor te oigo, en cada ruido:

en el mínimo. son, te escucharé. No, ciego no soy yo, que te recibo del fondo de la noche, mi querida, mi querida sin fin . . . Cuánto silencio en tus pasos nocturnos que deshojan estrellas . . . Qué milagro de poesía hay en tu esencia, hay en tu esencia mía. De música, de música es tu aurora, tu largo despertar en la tiniebla. Mi amor . . . Quiero gozar de la belleza del momento anterior a tu venida. Esperarás aún, porque el secreto, el gran secreto anida en el momento que precede a tu llegada. Oíme, amada, ¿dónde estás que aún no te veo? Y en la noche más alta, voy sintiendo el roce de tus senos. Ay, decime en dónde te posás mi ángel fiel que te siento temblar sobre mi piel?, ¿en dónde es que posás tus temblorosas, tus grandes alas blancas rumorosas? Ahora estás allí . . . ¿Por qué tan triste, mi amada? ¿Quién apenó a mi Eurídice? ¿Por qué no hablás? Contestame, ¡mi amor!, ¡mi Eurídice bañada en sangre, no!

(*En ese momento, en la puerta de "El Toldito" aparece un hombre; en seguida, Mira. Está muy borracha y medio descompuesta. Un grupo de mujeres, todas en el mismo estado, la acompañan. También, algunos pocos hombres; pero éstos, al ver a Orfeo, se apartan con respeto.*)

MIRA (*En voz muy alta, señalando a Orfeo.*)
¿Es el tipo del que estaban hablando?

UN HOMBRE (*Tomando a Mira del brazo.*)
Dejalo, Mira...

(*Ella se suelta con un sacudón. En vista de esto, el hombre se encoge de hombros, hace una señal a los otros y van todos saliendo lentamente.*)

UN SEGUNDO HOMBRE

Y andando, muchachos,
que ya es hora de apoliar un rato.
¡Andando, muchachada!

UN TERCER HOMBRE

Vamos, Mira.
Dejalo en paz.
(*Salen.*)

MIRA

¿En paz? ¡Quién lo diría!
en paz... Se volvió loco a causa mía.

UNA MUJER (*En tono zumbón.*)

¡Ah, sí!... Pasá mañana... ¡qué engrupida!

UNA SEGUNDA MUJER

Loquito se volvió, ¡ja, ja!... ¡por ella!...

108

(*Ambas ríen a carcajadas, lo mismo que las demás. Con esas pullas, las mujeres se dan empujones, bailan pasos de samba y dan brincos de capoeira. Pero el ambiente está tenso y amenazador.*)

MIRA (*Furiosa.*)

¿Así que no me creen, negras de mierda?

(*Se acerca a Orfeo, y lo sacude brutalmente. El músico, que desde el comienzo de la escena parece no ver a las mujeres, sale de su trance y la ve a Mira. Ella lo zamarrea y después, en arrebatado, le aferra la cabeza y lo besa en la boca. En medio de ese beso de Mira Orfeo, despierto, le da un empujón a ella que, girando, la hace golpear a las otras mujeres y voltear a algunas.*)

ORFEO (*Alucinado.*)

¡Fuera! ¡Dejenme! ¡Fuera! Si no
las voy a acuchillar...

(*Levanta el puño cerrado en amenaza pero, en medio del ademán parece perderse de nuevo. Mira hacia lo alto, atónito. Después llama en voz muy baja.*)

ORFEO

Visión... Visión...

(*Las mujeres, como poseídas y acuciadas por Mira, se arrojan sobre él con cuchillos y navajas. Como un Laocoonte, Orfeo lucha*

109

por zafarse del racimo humano. Después, al conseguir liberarse por un momento, huye cubierto en sangre, acosado por las mujeres.)

PLANO FINAL

La choza de Orfeo. Todo vacío. Claro de luna muy intenso.

ORFEO (Llega corriendo, bañado en sangre.)

Eurídice ... Eurídice ... Eurídice ...

(Cae, y la Dama Negra surge de la sombra.)

LA DAMA NEGRA (Hablando con la voz de Eurídice.)

Ya estoy. Y, en un segundo, Orfeo mío, para siempre mío serás ...

ORFEO (Postrado.)

Contigo,
llevame contigo, mi amor, mi amor.

(Las mujeres entran corriendo, desgredadas y cubiertas también de sangre como furias. Al ver a Orfeo caído, se precipitan sobre él y lo laceran con salvajismo. Después de esta carnicería, Mira se levanta entre las demás mujeres. Tiene en la mano, la guitarra de Orfeo. En un ímpetu, la arroja lejos, por sobre el murete. Se oye estrellar al instrumento en un sonido monstruoso,

pero después se insinúa una música misteriosamente incierta. La Dama Negra se aproxima al cadáver, y lo cubre con su largo manto, mientras la música de Orfeo se afirma, límpida y pura. La figura de la Dama Negra, cubriendo el cuerpo de Orfeo con su manto, se desvanece poco a poco. Entra el coro.)

CORO

Una Luna, una Muerte, una Mujer,
un día en el misterio se juntaron
para matar a Orfeo, y de tal suerte
al alma de la calle mataron.
Orfeo generoso, Orfeo fuerte.
Pero ni Muerte, ni Mujer, ni Luna,
ninguna de las tres sabrá de una
cosa: y es que no basta con la Muerte
para matar a Orfeo. De algún modo,
lo que nace y lo que vive, todo,
todo se muere. Aunque acallada fuera,
sólo la voz de Orfeo nunca muere.

Este libro fue compuesto y armado en
LINOTIPIA PONTALTI, Fraga 49/53, e impreso
en los Talleres Gráficos GARAMOND S.C.A.,
Cabrera 3856, Buenos Aires, en mayo de 1973.

Quedó en Cylindri . 6/77.

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMF G
Facultad de Humanidades
C.P.R.-R.P.